

**ARIEL PYTRELL**

**SOMBRAS DEL  
FIN DEL MUNDO**

**BINDALINĒ | 1**  
E N E A L O G I A

©2014-2017 Ariel Pytrell  
[www.arielpytrell.com](http://www.arielpytrell.com)

Primera edición: septiembre de 2014  
Primera edición por Insepia: febrero de 2016  
Cuarta edición por Insepia: enero de 2017  
ISBN-13: 978-1523956487  
ISBN-10: 1523956488

Derechos reservados sobre el texto  
y las imágenes (portada e interiores)  
Diseño de portada e interiores: AriTopet

Insepia Ediciones Originales  
Buenos Aires, Argentina  
[www.arielpytrell.com](http://www.arielpytrell.com) | [pytrell@gmail.com](mailto:pytrell@gmail.com)  
*Los nombres y personajes, así como las situaciones,  
son de ficción. Cualquier parecido con la realidad  
es mera consecuencia.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento,  
alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier  
forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante  
fotocopias, digitalización u otros métodos sin el permiso previo  
y escrito del autor : [arielpytrell@gmail.com](mailto:arielpytrell@gmail.com)

## CONTENIDO

### PRIMERA PARTE. LOS ENCUENTROS

Llamadas		13
Puntos sensibles		27
Anillas en la oscuridad		45
El <i>Pentagrammon</i>		56
Círculo primal		79
Antigua condición		88
ADN		101
Líneas abiertas		136

### SEGUNDA PARTE. EL IMPACTO

Los huéspedes		153
El guardián		167
Las venas de la ciudad		188
Intramuros		205
El sello		223
Los aspectos de la luz		249
El Todo		265
La <i>Sociedad de Tango</i>		271

### TERCERA PARTE. LOS MENSAJEROS DEL IRMEN

Punto muerto		279
Los pliegues de la memoria		294
Otros nacimientos		304
Potencias oscuras		312
Muros en sombras		321
Hijos del Resplandor		338
Enfrentamiento urbano		346
La nueva condición		361

### FRAGMENTO DE LOS ARCHIVOS DANAHUACALE

<i>Aspectos generales</i>		373
<i>Lista de algunas palabras</i>		377

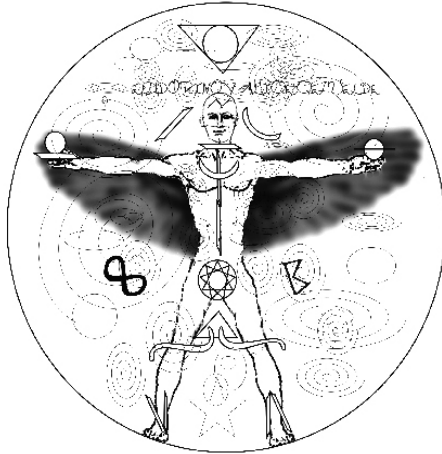
*Esta es la primera para Gero*

*Al repasar la memoria de los tiempos,  
descubro lo primero que aprendimos:*

*cuando un niño llora al nacer,  
lo hace para su humanidad...*

ALATIRQEDAR

*Primera parte*  
Los encuentros



## LLAMADAS

*El ser dimensional se presentó ante sus iguales  
y de su laringe salió un canto de campanas.*

del ALDE GE O LIBRO DE LA REVELACIÓN

La muchedumbre se apretaba alrededor del cuerpo oscuro. El pequeño charco de sangre humeaba a un costado de la cabeza. Un poco más allá, las ruedas de la bicicleta giraban y giraban, como si anduvieran por un camino invisible y siempre ascendente.

—¡Déjenme a mí, por favor!

—Pero ¿quién es usted?

—Soy médica, puedo ayudar. Por favor, ¡déjenme a mí!

La doctora lo había visto todo. Vio cuando el hombre, con su bicicleta, cruzó sin mirar, aturdido e indiferente al cambio de luces del semáforo. Vio cuando el conductor realizó la maniobra violenta, aunque el automóvil no evitó el golpe. Vio cómo el cuerpo del ciclista voló por los aires de la ciudad. Luego, cayó sobre la calle con el peso de una realidad ajena, mientras el conductor aceleraba el vehículo y se perdía más allá de la calle, tan poco transitada por los automóviles ese domingo de Buenos Aires.

La doctora revisó los signos vitales, con cuidado de no mover mucho el cuerpo del herido. Ella sabía que sus maniobras

profesionales podían ser muy peligrosas, pues alguna fractura invisible, alguna hemorragia interna precipitaría la vida de ese infeliz. El pecho del hombre se movía, el cuello latía. Todo parecía estar bien, a excepción de uno de los brazos, que estaba fuera de lugar, y de esa herida en la cabeza, que le preocupaba mucho a ella, pues no dejaba de sangrar.

—¡Llaman a una ambulancia! —ordenó con firmeza. —¡Este hombre necesita hospitalizarse de manera urgente!

La barba del hombre se teñía cada vez más por el púrpura de su propia sangre, intenso sobre el tapiz oscuro de la piel. Los ojos estaban cerrados, como si durmiera en paz, como si, en realidad, contemplara el mar a través de una ventana. Definitivamente, no parecía que estuviera desvanecido.

—¡Abran el círculo! —volvió a ordenar la médica. —¡Déjelo respirar!

Pero los pocos curiosos no hicieron mucho caso al pedido y continuaron allí, dispuestos a no perderse el espectáculo.

—Por favor, ¡abran el círculo! ¡Déjelo respirar! —insistió la médica una vez más.

En ese instante, como si un aliento fresco hubiera impactado sobre su humanidad, el hombre abrió los ojos, se incorporó con energía inusitada. Los curiosos dieron un paso atrás. El hombre comenzó a mirar hacia el espacio vacío que circundaba a la médica. Ella constató las pupilas dilatadas del hombre, que movía la boca en un intento por balbucear alguna palabra ininteligible. Se percibía la tensión de los presentes. Una sensación de temor ancestral invadió a la doctora, como si alguna parte de ella percibiera que aquello no era normal o, al menos, que estaba fuera de su experiencia práctica.

—¡Manténgase acostado! —le dijo al extraño, una vez que recuperó su propia confianza. —¡Le ruego que no se mueva!



—¡El sonido!... ¡Las campanas!...

El hombre pronunció con dificultad estas palabras, mientras continuaba con los ojos fijos en el espacio de alrededor de la médica. La sangre continuaba manando de su cabeza. Ahora comenzaba a fluir por la nariz como un finísimo y brillante hilo carmesí.

—¿Oye algún zumbido?

—¡Las campanas!... ¡Las campanas!... —repetía sin cesar.

Un taxi se detuvo a unos metros y el conductor, un sujeto vestido de azul oscuro, descendió del vehículo para observar la escena.

—Vibra... en mí—, alcanzó a decir el ciclista con claridad antes de perderse en medio de la agitación de su cuerpo. —El diapasón... ¡También vibra en mí!

El ciclista echó los ojos hacia atrás y volvió a desvanecerse. Si no hubiera sido porque los reflejos de la médica fueron más rápidos, el hombre, una vez más, habría golpeado su cabeza contra la calle. En cambio, con suavidad, la mujer apoyó la cabeza del sujeto sobre el pavimento. Una mancha de sangre temblaba, brillante, en la mano de la doctora.

El taxista volvió a subirse a su vehículo, quedó pensativo unos instantes, cerró los párpados y, cuando volvió a abrirlos, observó, a la distancia y entre las personas arracimadas alrededor de los protagonistas, cómo la médica realizaba las maniobras de auxilio. El taxista suspiró sostenidamente y se aferró al volante.

Algunos aseguraron más tarde que la sirena de la ambulancia —al principio, lejana y fuera del mundo— restalló en el aire dominical de la mañana con su grito estentóreo de miles y miles de mandrágoras alteradas, de miles de criaturas disonantes, frenéticas, aterradoras. El taxista encendió al auto, pero el ruido

del motor quedó inadvertido en medio del estupor al que las sirenas sometían a los vecinos. El taxi se alejó.

Cuando oyó el primer sonido, el niño jugaba solo en el comedor de la casa. Se había levantado y, en silencio, se dirigió a la cocina, tomó un vaso del estante, abrió la heladera y se sirvió agua. Luego, cortó un trozo de pan que sacó de la panera, y comió y bebió con fruición, allí, de pie frente a la mesada de la cocina. Después, y siempre con movimientos que amortiguaban el menor ruido, llegó al pasillo, abrió el cajón del armario, sacó del fondo su cuaderno de tapas amarillas y tomó el lápiz que siempre escondía en ese mismo cajón. Por el pasillo, el niño se reencaminó hasta el comedor. Abrió las persianas y permitió que esa luz transparente, de intensidad amarillenta, tal vez verdosa, untara cada recoveco de la habitación. Una tenue brisa le llevó la sensación de que los árboles cercanos susurraban el gozo de todo lo que vive, la promesa de las horas por transcurrir, el silencio de regiones lejanas del mundo. Inspiró profundamente, y permitió que la voz de la brisa pronunciara su nombre en el fondo de los pulmones.

El niño se sentó a la mesa de madera, allí, en su lugar predilecto a esa hora de la mañana, justo frente a la ventana abierta. El niño alcanzaba a ver un trozo de cielo celeste y límpido que enmarcaban las copas de los árboles escasos de su barrio, bastante alejado del ajetreado centro de la ciudad. Y se dispuso a desarrollar lo que él consideraba un juego.

Esa mañana, la luz de marzo ya delataba la proximidad del otoño en el hemisferio sur. El verdor de las hojas se reflejaba en todo lo que veía. Las sombras livianas de las calles, y el profundo susurro de muebles y cuadros y recuerdos lo invitaban

a describir sobre el papel las siluetas de su pensamiento, los relieves y meandros de sus sueños, el sentimiento que su corazón hacía vibrar más allá de su cuerpo y alrededor de su cuerpo. Y ensayó diseños sobre las hojas de su cuaderno, siempre en silencio y con ese discurso de las puntas de los lápices cuando se deslizan sobre la superficie del papel.

La primera campanada lo sobresaltó, y la vibración quedó retumbando dentro de su cabeza. La segunda campanada le sugirió temor e inquietud. Luego de la tercera o la cuarta campanada, se tranquilizó y dejó que su interior sostuviera aquellos sonidos, tal como, de manera autodidacta, había aprendido a sostenerlos. Sus huesos le acercaron los temblores de campanas, y todo en él retembló.

El niño se dio cuenta de que no dejaba de garabatear sobre el papel, al tiempo que se entregaba al encanto de los tañidos. Comenzó a pronunciar unas palabras que él no entendía entonces, y sintió deseos de asomarse por la ventana, de comunicarse con los árboles, de lanzarse a la confianza de quienes cuidaban el mundo, de abrir su corazón a ese sonido que hacía vibrar la luz y el aire en la misma frecuencia que vibraban sus huesos y su sangre y su alma de niño de nueve años.

El pequeño no se percató de que su padre se había levantado y que lo estaba observando desde la arcada del pasillo, inmóvil y con la respiración retenida en un susurro de horror.

—Patricio, hijo... —alcanzó a decir, aunque la voz sonó sin fuerza.

Pero el niño continuaba allí, encaramado en la ventana, como un pájaro a punto de volar, ajeno a las voces de los hombres. Sólo estaba concentrado en esa vibración de campanas que le comunicaban sus huesos hasta hacerlo subir a esa ventana.

El padre se acercó lentamente, tomó a su hijo de la mano y lo convenció de que bajara de la ventana. El niño descendió mientras miraba a su padre, aunque sin verlo. Sólo cuando estuvo ya abajo, el muchacho trocó su mirada alejada del mundo por aquella otra, la de niño vestido con un pequeño cuerpo terrenal.

—Hijo —volvió a hablarle el padre, en un intento de tranquilizarse a sí mismo, —no me despertaste para que desayunáramos juntos.

El padre tembló en su interior nada más que por imaginar lo que hubiera sucedido si Patricio, su hijo, se hubiera abandonado al vacío. A pesar de todo, el hombre también se permitió recibir la frescura de la brisa matutina.

—Esas campanas, papá...

Y el muchacho, con su mirada lánguida, perforó el espacio de más allá de la ventana.

—¿Campanas? —El padre hizo silencio y aguzó el oído.

—Son... miles, papá. Y ¡están en el aire!

—Hijo, no oigo nada... ¡No puedo oírlas!...

El padre se arrodilló frente a Patricio y lo miró a los ojos. Siempre amó los ojos grandes de su hijo, ojos del color de la miel, con largas pestañas enarcadas y esa nariz, que le recordaba vagamente al rostro esculpido de algún romano antiguo (y el perfil casi olvidado de su mujer).

—Sin miedo.

El padre sostuvo la mirada límpida de su hijo, tragó la saliva que se había acumulado en su boca, y sólo después respondió:

—Claro, hijo, claro.

Patricio abrazó a su padre, y este descansó su cabeza pesada sobre los hombros diminutos de su hijo. El padre suspiró y se permitió cubrir a Patricio con sus brazos enormes.

—Está bien, papá —aceptó, de súbito, el niño. —Voy a lavarme la cara con agua fría.

—Pero ¡no dije nada!

Patricio volvió a mirar a su padre, y ambos sonrieron. Luego, el niño se alejó hacia el baño y dejó al hombre sumergido en los tañidos de campanas que, en realidad, no podía oír ni imaginar. El padre suspiró y buscó una especie de consuelo en el aliento que liberaba. Su mirada lo llevó a la porción de cielo y de árboles que le dejaba ver el marco de la ventana. La altura de tres pisos podía haber sido una distancia peligrosa para el salto de un niño que no es un pájaro. Un nuevo suspiro terminó por liberarlo de la angustia que estaba a punto de invadirlo de nuevo.

Ahora su mirada lo llevó a recorrer el pequeño comedor. La mesa de madera. El lápiz abandonado sobre el cuaderno. El cuaderno de tapas amarillas que Patricio había dejado abierto. Esas páginas sin renglones que su hijo prefería. Y el hombre se aproximó ante el cuaderno abierto para ver los dibujos que su hijo había estampado esa mañana... Volutas que terminaban en laberintos de círculos concéntricos; triángulos con sus lados sobremarcados hasta casi romper la hoja; unas letras extrañas, diseñadas con habilidad y arte, que cubrían aquí y allí la superficie del papel; figuras circulares, diagramas y esquemas de extraordinaria belleza, y esos típicos trazos de su ejecutante, todavía infantiles, que tanto amaba el hombre y que había aprendido a identificar.

Tal vez con un movimiento involuntario, agudizó la vista para percibir mejor aquel galimatías gráfico. Sin ser consciente de la operación visual, desenfocó los trazos principales, profundizó la vista más allá de la superficie evidente y... allí estaba, ¡era imposible no advertirlo! En los espacios dejados en blanco, entre

un diseño y otro, se formaba una imagen patente e inquietante que la mirada desprevenida no podría haber visto.

La figura representaba a un hombre (¿o una mujer?), casi desnudo, totalmente calvo y de rasgos muy finos. Tenía los brazos extendidos horizontalmente, uno a cada costado del tronco, como si intentara abrazar a quien lo mirara. Las piernas abiertas formaban una «V» invertida, aunque una de ellas estaba descentrada respecto de la otra, como si el personaje estuviera a punto de saltar o si acabara de descender de un salto.

Pero aún había otro detalle en aquella figura que sugería una realidad extraordinaria. Amagó un grito, como si toda su humanidad se derramara en un vómito, en el mismo momento en que aquel detalle le asaltó la vista. Aunque el grito se agazapó en la laringe, se llevó una mano a los labios, reprimió su desesperación, que fue a estallar a la inmensidad de su sangre. El hombre no daba crédito a sus ojos ante aquellas masas borrosas, un poco más claras que el conjunto, que se extendían desde la espalda de aquella figura. De inmediato, le recordaron a alas, con las plumas despegadas de sus sombras, que abarcaban buena parte de la criatura dibujada por su hijo.

En cuanto se repuso, pensó en la posibilidad de que, en la superficie de ese papel, existiera algún otro portento. Sintió ganas de huir, de destrozar aquel dibujo, de no haberlo visto jamás. Pero el hombre concentró aún más la vista y, con el mismo procedimiento de enfoque y desenfoque, creyó leer una palabra entre esas letras extrañas dispuestas en aparente caos. Y no encontró sólo una palabra, sino dos y tres y cuatro... Esa leyenda estaba, de alguna forma, camuflada entre los diseños y volutas. El mensaje se repetía en los espacios vacíos de toda la superficie del papel, como una obsesión, como un llamado desesperado, un deseo sordo, y sólo se revelaba para quien, como él en ese momento, supiera leerla:

## «ELUDORINOY ALIQE QEM SELDE».

El padre no entendía el significado de aquello, apenas si podía pronunciarlo, pero sintió la corriente de las venas y el arañazo en la fuente de su cuerpo. Sabía que aquella leyenda traía una verdad tan lejana y reverberante como aquel misterio alrededor del papel y de aquella mañana de domingo.

Con la misma certeza que hubiera sentido al mirarlo a los ojos, el hombre se dio cuenta de la presencia. Y allí estaba su hijo, otra vez, en la arcada del pasillo, aún descalzo, mirándolo con sus ojos intensos, con esos ojos de miel que tanto amaba (y que también le hacían recordar a alguien, tal vez a la madre de su hijo). Patricio, desde el pasillo, sonrió a su padre e hizo un gesto con el hombro en busca de complicidad. Pero el hombre sólo pudo devolver una especie de sonrisa forzada, la sombra de una mueca nerviosa.

—Siguen las campanas, ¿verdad? —tembló en la voz.

El chico asintió con la cabeza.

—¿Podemos ir? —preguntó Patricio.

Esta vez, fue el hombre quien asintió con la cabeza.

—¿Después de merendar, al atardecer? —preguntó el padre.

Con otro movimiento de cabeza, el chico aceptó la propuesta. Patricio sonrió y dejó que los dientes iluminaran aún más su rostro, y salió corriendo hacia su habitación.

El padre se quedó mirando el espacio, ahora vacío, que había dejado su hijo en la arcada del pasillo. Se incorporó como pudo, buscó un disco compacto en el estante cercano al mueble de las vajillas, lo introdujo en el reproductor y, muy poco después, los parlantes liberaron los acordes de un piano tranquilizador y emotivo, esperanzador y predecible, familiar y terrenal, sobre todo, terrenal... Sobre todo, terrenal.

Los árboles del barrio continuaban allí fuera, batiendo sus melenas verdes como una danza al cielo.

La bandada dibujó en el aire la huella del vuelo. Los pájaros graznaron con estridencia y giraron de repente, en mitad de la trayectoria, al oeste y, luego, al este y luego, otra vez hacia el sur.

Zoe se quitó los anteojos de sol y observó con detenimiento aquel comportamiento inusual. El manojito de ropas todavía húmedas que sostenía en los brazos cayó al piso de la terraza. Quiso hablar, llamar a su marido, pero no le salía la voz. Por una sensación, a la que se había acostumbrado, reconoció que algo no era normal en el ambiente. Un viento repentino y caliente arremolinó la ropa caída, que ya se había manchado y a la que, con seguridad, debería lavar de nuevo. Las aves se alejaban hacia el sur y los graznidos se perdían con ellas, mientras se convertían en horizonte.

En ese momento, Federico apareció en la terraza. Había subido las escaleras con agitación y, en su corrida, trastabilló dos veces. Ya arriba, y con la respiración entrecortada, miró hacia todos lados con angustia, como si buscara algo importante, algo que se le hubiera perdido o escapado.

—¡Zoe! —llamó a los gritos. —¡Por Dios! ¿Dónde estás?

La mujer dejó caer los anteojos de sol, la tarde de finales de verano se rompió sobre los cristales ahumados. Sólo entonces, ella alcanzó a oír su nombre fundido entre los graznidos lejanos de las aves. Zoe se sobresaltó y se dio cuenta de que Federico la llamaba con desesperación. Con desesperación, vio cómo Federico se retorció en la terraza y se abrazaba a sí mismo, mientras temblaba, temblaba, temblaba como si lo



abrasara una fiebre interior, como si un frío corriera por las venas. Con desesperación, vio cómo su marido perforaba el aire con unos ojos incapaces de ver, incapaces de distinguirla, incapaces de devolverle la identidad, pues la buscaba con desesperación, con ánimo de encontrarla, con ansiedad de recuperar su propia identidad. Y ella buscaba una explicación para todo aquello, aunque fuera una explicación desesperada, una explicación confusa, pero con la capacidad del alivio y del consuelo. Se dio cuenta de que la tarde permanecía rota en sus anteojos.

El hombre no veía que Zoe se aproximaba a él corriendo, con los brazos extendidos, dispuesta a socorrerlo. Federico dejó de gritar el nombre de su esposa cuando su piel encontró la tersura de la piel de ella. El repentino viento caliente se llevó por los aires un pañuelo o una servilleta.

—Tranquilo, mi amor —dijo ella mientras lo abrazaba. — Calma, calma... Algo sucede ahora. Yo también lo percibo. Pero ya no te preocupes, estás aquí, estás aquí... y yo estoy aquí, también...

—¡No habla! —casi gritó Federico, aunque los brazos de su esposa sofocaban la voz. —Otra vez, ¡no habla!

Zoe tomó la cabeza de Federico, y la alejó de su pecho para inspeccionar mejor los ojos de su marido. Las pupilas seguían dilatadas; los globos oculares, inyectados; la mirada, errática, buscando esa tarde de domingo que se filtraba por los cristales rotos esparcidos en la terraza.

—¿Lo ves ahora? —quiso saber Zoe. —Fede, ¿estás viéndolo ahora?

—A unos metros —respondió casi sin fuerzas—, suspendido en el borde de la pared.

—¿Detrás de mí?

Apéndice

Fragmentos de los  
ARCHIVOS DANAHUACALE  
según se conservan en las  
Bibliotecas de las Casas Flotantes



## ASPECTOS GENERALES

### *Paradigma consonántico-vocálico*

Las consonantes suenan como en español, a excepción de las siguientes:

- G es siempre suave, como en español «guinda»
- H sólo prolonga suavemente la vocal contigua como, por ejemplo, →*ahue* /au-ue/; o alarga, en general con una /i/, la vocal precedente, por ejemplo, →*cohoj* /coi-oi/ o →*ehemine* /ei-emine/
- Q como /k/; a excepción de la forma Q' en el (*Hápax*) →Q'Érante —siempre en posición inicial, con mayúscula y con apóstrofo— que suena como «j» española fuerte: /jei-rante/
- Ł suena /ll/ o /li/, como en el español andino «lluvia»
- Ř tanto en posiciones inicial o medial, el sonido es una «erre» vibrante, como en «perro» o «roca»
- Ś suena siempre /sh/, como en inglés *cash*
- X suena como /kh/ aspirada suave, como en inglés *horse*
- Ý tiene el sonido /tch/, como en español «chico»

Para completar el paradigma, a las cinco vocales del español —que se pronuncian exactamente igual a esta lengua—, deberán añadirse:

- Ā que es larga, con sonido similar a /á<sup>i</sup>/; así, →*capā* /ca-pa<sup>i</sup>/
- Ē suena /é<sup>i</sup>/, como en →*filē* /fi-le<sup>i</sup>/
- Y suena como una /i/ más larga cuando se encuentra en posición medial, como en →*eyaine* /eai-ine/

### *Pronunciación*

En general, y a excepción de aquellas palabras en las que aparecen soldados los enclíticos, todos los términos son graves o con una tendencia a este tipo de pronunciación.

### Paradigma nominal

Hay tres géneros de sustantivos más sus variantes, reconocidos por sus terminaciones:

#### Neutro

·*Regular*: -e (*sing*), como en →*oborine*; y -ē (*plural*)

·*Irregular*: -a (*sing*), como en →*Apala*; y -ā (*pl*)

·*Defectivo*: -[e]m, como en →*Xalem* o, a veces, -[e]l, como en *Xal*

·*De material*: -u (*sing*), como →*iturmu*; y -ud (*pl*)

#### Femenino

·*Regular*: -i (*sing*), como en →*yori*; y -en (*pl*)

·*Irregular*: -at (*sing*), como en →*ubat*; e -id (*pl*)

·*Derivado*: -ay (*sing*); -en (*pl*)

#### Masculino

·*Regular*: -at (*sing*), como en →*yorat*; y -ed (*pl*)

·*Irregular*: -in (*sing*), como en →*Órinin*; e -id (*pl*)

·*Derivado*: -uy (*sing*); -ud (*pl*)

Todos los *adjetivos regulares* terminan en -es (como en →*mones*); o, como en los casos de los *adjetivos impuros* (los numerales, los que refieren color y los «genitivos adjetivos»), que lo hacen en -c o con -ā (los distributivos).

### Paradigma pronominal

Los grupos de pronombres son muy complejos, porque se diferencian cinco esferas distintas, según el punto de realidad al que se aluda o desde qué dimensión de realidad se enuncie. Baste con saber que esas esferas son:

AL GE AHUE o, en su forma abreviada, →*Al ge* (correspondiente a las «Altas Esferas»), con sólo dos pronombres reales, *Alem* —equivalente a un «yo» que incluye a todas las personas del ser dimensional— y otro, →*Afel*, para todas las demás personas;

SELDE GE AHUE (→*Selde ge*): correspondiente a la «Esfera del Yo Superior», dimensión de lo humano superior, con cuatro pronombres: *Selde* (1ª persona singular), →*Telde* (2ª y 3ª pers sing, sin distinción de género), *Seldē* (1ª pers pl, sin distinción de género), *Teldē* (2ª y 3ª pers pl, sin distinción de género)

ALI GE AHUE (→*Ali ge*): correspondiente a la «Esfera del Yo Interior, con tres pronombres singulares: →*Ali* (1ª), →*Tali* (2ª), *Sali* (3ª sin distinción de género); y tres plurales: →*Alen* (1ª), *Talen* (2ª), *Salen* (3ª sin distinción de género)

SELDAT GE AHUE (→*Seldat ge*): correspondiente a la «Esfera de la Identidad Temporal» o «de la Persona». Siete pronombres singulares: →*Seldat* («Yo»); *Teldi* («Tú», femenino), *Teldat* («Tú», masculino), *Teldu* («Tú», para animal y vegetal, especialmente en el universo de la medicina); *Eldi* («Ella»), *Eldat* («Él»), *Eldu* («Ello», para animal y vegetal). Y seis pronombres plurales: →*Selled* («Nosotros»), *Telden* («Vosotras», «Ustedes»), *Telled* («Vosotros», «Ustedes»), *Teldud* («Vosotros/as», para animal y vegetal, sin distinción de género), *Eldid* («Ellos/as», sin distinción de género), *Eldud* («Ellos/as», para animal y vegetal, sin distinción de género).

APU GE AHUE (→*Apu ge*): correspondiente a la «Esfera de la materia», sólo para objetos y lo mineral (el cuerpo humano y de animales), con seis pronombres sin distinción de género: →*Apu* («yo»), *Tapu* («tú»), *Sapu* («ello»), →*Apud* («nosotros»), *Tapud* («vosotros», «ustedes»), *Sapud* («ellos»)

### *Estructura verbal*

Hay dos morfemas terminales para verbos: *-or* (los más antiguos) y *-oy*. Los tiempos y modos verbales se articulan mediante partículas.

Las partículas son muy complejas y merecen un tratamiento aparte, pero baste aquí con mencionar algunos grupos: *vocativo*, *acusativo*, *genitivo*, *dativo*; *partículas preposicionales*, *reforzadoras*, *pronominales* (o anafóricas), *adverbiales*, *transformadoras* (de palabras o de sintagmas), *de tiempos verbales*.

## REFERENCIAS

→ ver la entrada siguiente

*adj* adjetivo

*adv* adverbio, adverbial

*conj.* conjunción

*def* defectivo

*eufón* variante eufónica

*excl* exclamación

*F* femenino

*irreg* irregular

*lit* literalmente

*loc* locativo, de locación, de lugar

*M* masculino

*mat* material, de materia

*N* neutro

*part* partícula

*pers* personal (pronombre)

*pl* plural

*pos* posesivo

*pref* prefijo

*prep* preposición preposicional

*pron* pronombre, pronominal

*rel* relativo, de relativo

*s* sustantivo

*sing* singular

*subj* subjetivo (modo)

*suf* sufijo

*temp* tiempo, temporal, de tiempo

*transf* transformadora

*v* verbo

LISTA DE ALGUNAS PALABRAS  
(Fragmento de *Danahuacal'ate ge Aldin – El Libro de la Lengua*)\*

**A**

**acal** *part adv* de cualidad. Indica el estado esencial de las cosas en su expresión máxima y, por lo tanto, su excelencia, su modo de existir

-*acal*- Infijo de palabras con el sentido original de la partícula adverbial de cualidad (→*acal*)

-*adid* Sufijo antiguo que forma nombres de persona y títulos (de varón o mujer), en general, aplicado a líderes de las Altas Esferas y ancianos; pertenece a la misma categoría que los sufijos onomásticos →*-edar*, *-asij* y *-abey*

**Afel** *pron* (→*Al ge*). «Yo» y todas las personas, para la Primera y Segunda Esferas

**Afeli -en** *s F*. Esfera dimensional conformada por las entidades inmediatamente superiores a las humanas y, por lo tanto, más evolucionadas que estas. También se los conoce como «Mensajeros» o →*Afelinē* (en un tiempo, se los denominó «Hermanos Mayores», pero cuando →*Ornu* se separó de entre ellos, dejaron de llamarlos así). Los dos grandes grupos que componen esta Esfera son los →*Alinē* y los →*Afelinē*

**Afeline ē** (de →*Afeli* + *-in-* + *-e*) *s N*. Mensajero, propiamente →*Alinē* o entidad inmediatamente superior a la humana, cuya misión evolutiva es guiar a un ser encarnado. Por esto conocen el destino humano

**ahas** *part prep loc de dirección*. A, hasta (→*-yas*)

**Ahele ē** *s N*. Fuerza vital, energía vital, vigor, voluntad

-*ahi* *sufijo de part prep loc de dirección*. Hacia (→*ayi*)

**ahue -ē** *s N*. Mundo, Esfera, vida dimensional || Con mayúsculas, refiere a los tres (o, según algunos, cinco) niveles dimensionales que se interpenetran: 1) la *Alahue* (de *Al ge Ahue*), las «Altas Esferas»; 2) la →*Danahue* (de *Dana ge Ahue*) o «Esferas de la Consciencia», compuesta por la *Seldahue* (*Selde ge Ahue*), «Esfera del Yo Superior», y la *Aliahue* (*Ali ge Ahue*), «Esfera del Yo Interior»; y 3) la *Dorinescahue* (*Dorinesqe ge Ahue*) o «Esferas del Tiempo», compuesta, a su vez, por la *Seldatahue* (*Seldat ge Ahue*) «Esfera de la Identidad Temporal» o «de la Persona», y la *Apahue* (*Apu ge Ahue*) o «Esfera de la Materia»

**Ahuin** *s M irreg*. Tierra, planeta físico y su nombre

---

\* Los sustantivos están en su forma singular y, enseguida, la correspondiente terminación de plural. Los sustantivos femeninos y neutros, con sus correspondientes plurales, se presentan en entradas diferentes.



**Al** *s N def.* Máxima entidad de las Altas Esferas (→-el)

**Alate -ē** *s N.* Idioma, lengua, habla, lenguaje

**Alatirqedar** (de →**Aldinin** + →**tir-ge** + →-edar). Nombre propio de varón, título adquirido, que significa *lit* «Poeta Errante»

**ald** *part adv de modo.* Como -ald Sufijo, equivale a -mente (→ald)

**Alde** *s N (mayúsculas).* Ley universal, Ley divina, Ley natural

**Alde ge** (de *Alde ge Aldin*). «Libro de [sobre] la Ley (Universal)» o «de las revelaciones» de las Esferas Dimensionales, →aldin

**aldin -id** *s M irreg.* Libro [objeto material], cuaderno escrito

**Aldinin -id** *s M irreg.* Poeta

**Al ge** (forma abreviada de *Al ge Ahue*) *s.* →Ahue, 1

**Ali -en** *s F reg.* 1. Yo Interior (comprendido muchas veces como «alma»). || *pron* (de →*Ali ge*) «Yo»

**Ali ge** (forma abreviada de *Ali ge Ahue*) *s.* →Ahue, 2

**Aliday** (de la expresión: *Ās Aline se Elid bor*, «Que el Mensajero esté con él / ella / ellos»). Saludo de despedida o para momentos de desasosiego (→*Aliselay*, →*Alitelay*)

**Aline -ē** (de →*Ali* + →*-in-* + *-e*) *s N reg.* Nombre genérico para todas las entidades dimensionales inmediatamente más evolucionadas que los humanos (→*Afeli*)

**alinem** *s N def.* Nombre de una antigua letra de la Lengua (→*Danahuacal'ate*), equivalente al sonido/a/de lenguas modernas. || Como grafo antiquísimo, uno de los pocos que se difundió más allá de la esfera de los →*Q'Ērantē*,

representa conceptualmente a un «visitante dimensional» (→*Aline*). Lo componen dos rayas horizontales, duplicación de la antigua letra *Alesem*.

**Aliselay** (de la expresión: *Ās Aline se [Selat] bor*, «Que el Mensajero esté con nosotros»). Variantes →*Aliday*, →*Alitelay*)

**Alitelay** (de la expresión: *Ās Aline se [Teli / Telat] bor*, «Que el Mensajero esté contigo»). Variantes →*Aliselay*, →*Aliday*)

**Altescu -ud** *s N mat.* Lexicón, diccionario, glosario y, en especial, libro para enseñar una lengua

**Amidel** *s N def.* Entidad superior del sistema solar, regente del planeta Tierra (→*Ahuin*) y de la evolución humana

**anuri -en** *s F.* Paisaje, vista

**aor** *v.* Ser

**aorescoy** *v.* Tener, poseer

**aorine** *s N reg.* Esencia

**Apal** *s N def.* Vida || Energía positiva, lo contrario de «mala» muerte (→*Usuapal*)

**Apala -ā** *s N irr.* Luz dimensional, ser de la luz. Por extensión, esencia de la luz. || Como imagen poética, significa «resplandor»

**Apaline -ē** *s N reg.* Entidad superior de cualquier Esfera, ya evolucionada, que encarnan en un período determinado con una misión específica. Se identifican tres grandes grupos, según la clave de sus misiones: los *Yahualinē* o «Mensajeros parteros»; los *Oralinē* o «Mensajeros grupales» y los →*Bindalinē* o «Mensajeros urbanos» (la mayoría de los *Apalinē*). También

**La historia continúa en el  
siguiente volumen de la serie**



# BINDALINĒ | 2

## LOS SOBREVIVIENTES \*

---

**TODO YA ESTÁ SUCEDIENDO**

---

Ya nada es seguro. Los amigos quizá no lo sean.  
Los Bindaline deben enfrentarse a un daño para  
el que los Antiguos no los habían preparado.  
El tiempo apremia, porque no existe.  
Y doce segundos antes del Gran Colapso...

**LAS CAMPANAS SIGUEN SONANDO  
LA TRANSICIÓN ESTÁ INICIADA  
YA ES HORA DE DESPERTAR**

**E N E A L O G I A**

**de Ariel Pytrell**

**UNA HISTORIA TRANSTEMPORAL EN NUEVE TOMOS  
UNA EXPERIENCIA MULTIDIMENSIONAL EN TRES TRILOGÍAS  
UNA EPOPEYA EN CLAVE DE MISTERIO**

[\*] Volumen de próxima aparición.  
Resérvalo en: [www.arielpytrell.com](http://www.arielpytrell.com)

 / BINDALINE



## ARIEL PYTRELL

es autor argentino de cuentos y novelas, dramaturgo y director de escena. Algunas de sus obras publicadas son:

*(novelas)*

Bindaline 1. Sombras del fin del mundo

*(cuentos)*

Antes del principio: mitos y leyendas que contaron los griegos

El portal de las hadas

Mitos y leyendas de los celtas

El destramaojos

*(poesía)*

Los olvidos y el Amante Milenario | La mordida y la tinta

Noches porteñas en Babilonia

*(teatro)*

Sócrates. Amanecer en la caverna

Teatro | La tercera máscara. Caro refugio

Laberintos

*(ensayo)*

El profesor de los Anillos: sobre Tolkien, la subcreación y otras hierbas

El renacimiento de *lo tragico*: neotragedia para actores,  
directores y dramaturgos

**[www.arielpytrell.com](http://www.arielpytrell.com)**